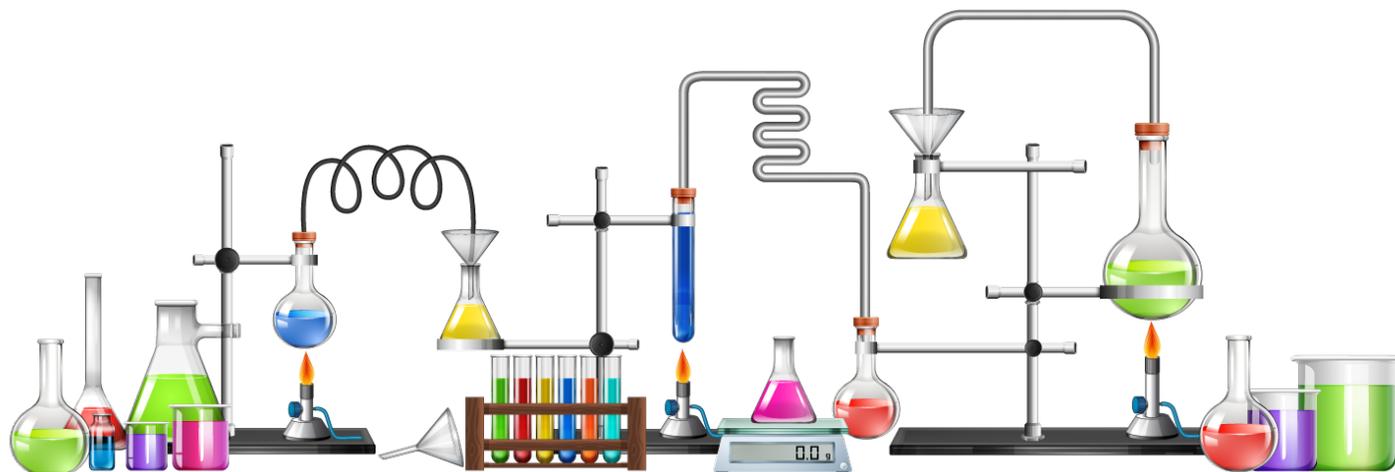


Andoni Garritz, El Gran Profesor

Rosa María Catalá^{1,2}



Conocí a Andoni Garritz en octubre de 1980, en mi primer día de clases en la Facultad de Química de la UNAM. *Fisicoquímica I*, la asignatura. Ya desde que me entregaron la tira de materias una semana antes en Servicios Escolares el nombre me pareció curioso, nada parecido a los que conocía ni en nombre ni en apellido... nada parecido tampoco -pude constatar días después- a ningún otro profesor de ciencias que hubiera tenido o tendría aún varios años después.

Esa primera clase en la que entró a paso firme, alto y sonriente en ese gran salón del edificio denominado la “perrera”, donde sólo estábamos los alumnos de primer ingreso, marcó el ritmo de un semestre lleno de expectativas y temores: yo no era (no soy) muy ducha en matemáticas ni física y el puro nombre fisicoquímica sonaba un poco amenazador para alguien que entró a la carrera debatiéndose entre la profesión familiar (la química, claro) y otras de corte humanístico, particularmente la literatura y la escritura, por las que mostraba facilidad y también me encantaban. Pero...

Ese pacto que sellé esa primera clase con Andoni fue conmigo misma: si alguien era tan feliz y disfrutaba como él enseñando química, es que esa ciencia me había escondido todavía su mejor cara, su mejor capacidad de explicar y predecir, la elegancia y belleza de sus modelos y la sonoridad cantarina de su lenguaje, su enrevesado avance a través de los siglos; en una hora o tal vez dos de clase con Andoni, esa cortina que lo dejaba todo medio oculto y borroso se corrió a los lados como en un gran teatro. Y empezó la siempre mejor interpretación del gran profesor, ese día y los restantes del semestre, asistir a su clase no era sólo eso, era disfrutar lo nuevo, despejar dudas ancestrales, divertirse con su buen humor y también ponerse serios durante los ejercicios y tratar todo el tiempo de estar a la altura de su conocimiento,

su didáctica y su entrega completa a la clase. No había nada más: él frente al grupo, nosotros todos atentos y felizmente rendidos ante la maravilla de los átomos redescubiertos y expuestos fascinantemente al físico desnudo a través de sus cátedras: las del gran Andoni.

Nadie llegaba tarde, porque él era muy puntual y su clase era lo mejor del día. Una mañana, al entrar al gran salón, frente al escritorio, no estaba Andoni. En su lugar, una chica de cabello corto, bajita y pecosa. Nos explicó que se llamaba Diana Cruz, que iba a suplir a Andoni, que él estaba de viaje por algún congreso y que era su esposa. Otro feliz encuentro. Ese par de semanas Diana nos demostró que en la vida y la profesión se pueden formar duplas casi perfectas, fue como si la clase fluyera igual, pero desde un lado femenino de las cosas; de igual nivel, de igual intensidad, de igual interés, pero amenizadas y sazoadas con otros sutiles toques de humor y desde otras referencias de vida. Se notaba que hablaban mucho de química ellos dos, que debatían y que, cómo sabría más tarde: escribían y publicaban juntos. A través de esos días, y a través de Diana, aprendimos que había otra faceta igualmente atractiva de nuestro profe: era esposo y padre, un Andoni de carne y hueso que amaba profundamente a su familia.

Con tan sólo unos semestres transitados y con conocimientos medianamente aprendidos, el grupo de profesores cercanos a Andoni (Diana, José Antonio Chamizo y Hugo Torrens) nos invitaron a varias compañeras y a mí a formar parte de un experimento pedagógico por demás interesante: empezar el proyecto de tesis muy pronto para terminar la carrera y la

¹Profesora del Colegio Madrid, ²Vocal Académica SQM 2022-2023
rmcatala@colmadrid.edu.mx

disertación prácticamente al mismo tiempo. Todo ello avalado y conocido por el Director de Posgrado que a la sazón, en ese momento era Andoni. De clases y tareas pasamos al mundo de la búsqueda bibliográfica y de los complejos metálicos y la química de coordinación, algo de lo que apenas habíamos escuchado hasta entonces. En esos años, el aprendizaje y la amistad fueron de la mano, Diana era muy joven y muy pronto se convirtió en una especie de tutora y hermana mayor. Andoni siempre cercano, pero él entonces hacía química teórica y cada vez estaba más ocupado en asuntos administrativos de la Facultad. No fue hasta que entré a la maestría que nos volvimos a encontrar otra vez como alumna y maestro. *Teoría de Grupos*, en esencia una asignatura del área matemática, pero que de la mano y experiencia de Andoni fue un gozo total. Poder explicar un espectro de IR a partir de lo que aprendí en esa clase fue para mí uno de los hitos universitarios, con qué facilidad y soltura nos ayudaba a comprender conceptos y procesos que para mí en general resultaban muy complejos. Usaba analogías y metáforas, usaba sus manos enfáticamente durante la clase y explicaba con muchísimos ejemplos. Tenía un bagaje enorme de recursos y siempre alguno te funcionaba para salir del salón con la sensación de que ahora sabías algo nuevo y relevante.

Fueron años de viajar juntos por México y presentar trabajos en los congresos de la Sociedad Química, que él tanto respetaba y quería. En varios congresos, particularmente uno organizado en conjunto con la American Chemical Society (ACS) en Puerto Rico (lo recuerdo bien porque fue en 1985, apenas unas semanas después del gran terremoto) coincidimos -siempre a través de Diana-, que para entonces ya había sido mi asesora de tesis de licenciatura e iniciaba mi proyecto de maestría. En el viejo San Juan que él ya conocía de viajes anteriores, recorrimos el casco antiguo disfrutando “*asopaos*”, “*pescaito frito*”, tostones y unos deliciosos emparedados de jamón y huevo frito, un desayuno alternativo al soso buffet del hotel. Porque al viajar con Andoni aprendías también a gozar la vida, el mejor ron o el mejor pisco, a cantar boleros de décadas pasadas, la convivencia y la comida también

eran parte de esa hermosa década en la que coincidimos mucho a pesar de no tener, académicamente hablando, tanto que ver. En ese viaje aprendí algunos trucos para tal vez no ganar, pero no perder dinero en el Black Jack del casino y salir tablas, a bailar salsa y calipso en la cena del congreso, a reírme mucho en el convivio. Y también a reconocer el enorme prestigio con el que ya contaba mi gran profesor en esos años. Investigadores y estudiantes de posgrado de muchos países lo buscaron a lo largo de todo el evento, nunca las servilletas de papel de los cafés de la tarde se habían llenado con tantas ideas y soluciones a problemas de tesis y proyectos. Uno tras otro vi desfilas a chicas y muchachos llevarse ese tesoro en la bolsa, en tan sólo minutos de su atención les resolvía dudas, los escuchaba, reorientaba y daba certeza. Ese mismo año fundó, siempre acompañado de sus grandes colegas, la que él siempre llamó la mejor revista del universo: Educación Química.

Pasaron muchos años después de la injustamente temprana muerte de Diana en los que Andoni y yo nos vimos poco, pero nunca perdimos contacto por completo, ya que él seguía muy cercano al Colegio Madrid, donde yo he sido maestra por más de tres décadas. Mi llegada a la dirección del Colegio en 2011 nos volvió a acercar, ya que para entonces él era miembro -y uno muy activo- del Consejo Académico del Colegio. Nos cautivó enseguida con varios proyectos de investigación educativa que estaba desarrollando en la Facultad; particularmente el tema del conocimiento pedagógico del contenido nos pareció relevante y nos dio varios cursos y talleres, que todos disfrutamos. Era una fuerza de la naturaleza: cada reunión de Consejo llegaba con nuevas ideas y resultaba imposible resistirse, por lo menos, a esbozar algún proyecto futuro. Fue un grato reencuentro, ya desde otro momento de la vida, donde mucho pasado nos unía, pero con una renovada visión de futuro y desde el convencimiento de una vocación volcada en lo que mejor sabía hacer: enseñar y formar a los que nos gusta enseñarla. Gracias por todo querido y admirado profesor, aquí sigo aprendiendo contigo a la distancia.